

á esos sentimientos de orden y de virtud esparcidos entre todos los hombres: todos han confesado que el mas hermoso triunfo del hombre es el que consigue sobre sí mismo, sobre el amor á los placeres, sobre sus resentimientos, sobre la concupiscencia. ¿Es acaso el fiero Mario, sin resolución para despojarse del mando supremo, mas grande que el modesto Dictador que sufoca su ambicion para volverse al arado? Coriolano, caminando hácia Roma al frente de los enemigos de su patria, ¿es acaso tan grande como ese Aristides, que al marchar á su destierro, implora el favor del cielo por la ciudad ingrata que le condena? ¿Y vale acaso tanto el guerrero que se entrega á una fogosa intemperancia como el héroe que respeta la virtud de su cautiva? Todos sentimos cuan hermoso es anteponer el deber á todo, aun en aquel mismo momento en que tenemos la debilidad de sacrificarle á la pasión. Esta era la máxima del gran Condé: „Tenia por máxima, dice Bossuet, (escuchad, porque es la máxima que forma los grandes hombres), que en las grandes acciones se debe pensar únicamente en obrar bien, y dejar llegar la gloria despues de la virtud.“

---



---

**LIBRE ALBEDRÍO.**

---

**L**A suerte de la virtud sobre la tierra es tener amigos sinceros que la defiendan con valor, y tambien enemigos furiosos que la combatan con encarnizamiento: su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto, ¿qué extraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó ménos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores aun entre ingenios nada vulgares. Estas reflexiones, señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á



entablar sobre el libre albedrio. Ciertamente si hay alguna doctrina luminosa y sencilla, cuyo sentimiento esté universal y profundamente grabado en el corazon humano, es la de que existe en nosotros un principio activo, capaz de deliberar, elegir y decidirse, y la de no ser máquinas sometidas á impulsos puramente mecánicos, ni plantas que vejetan por leyes puramente físicas, ni animales guiados por ciego instinto que los domine y arrastre. Mas sin embargo yo no sé si el estudio de la filosofia presenta una cuestion mas envuelta en las nubes del sofisma, que la de la libertad del alma humana, combatida por todo lo mas sutil é intrincado que ha podido inventar la dialéctica. En este punto la corrupcion del corazon se ha unido á los extravios del entendimiento; y por odioso y funesto que sea el fatalismo, no ha dejado de tener sectarios en todos los siglos. ¡Tan cómodo es persuadirse que las pasiones nos arrastran con una fuerza irresistible, que nuestras acciones dependen únicamente de nuestros órganos, y que un invencible destino forma nuestros vicios y nuestras virtudes! Bien se puede con semejante doctrina ostentar en los discursos la moral mas rígida: porque al mismo tiempo se adormece por ella la concien-

cia en el vicio, la sensualidad se entrega con seguridad á los placeres, y hasta el mismo crimen puede vivir en la calma de la inocencia.

Al tratar hoy, señores, de vindicar la libertad de nuestras almas de los ataques de los sofistas antiguos y modernos, es preciso no equivocarnos sobre el verdadero objeto de la discusion, y entendernos bien para no enredarnos en disputas interminables. No pretendemos que en todas sus ideas, sus deseos é impulsos, esté el hombre á cubierto de toda necesidad. ¡Cuántos movimientos de que no es dueño tienen sus órganos! ¡Cuántas impresiones en los sentidos, cuántas sensaciones consiguiertes á ellas, y cuántos pensamientos indeliberados no experimentamos á pesar de nosotros mismos! Nadie ignora tampoco que hay cosas agradables por sí mismas, á las que nos entregamos sin fuerza ni violencia, y en las que sin embargo no somos libres. El amor de nosotros mismos, el deseo de nuestra felicidad es ciertamente el mas conforme á nuestra voluntad, y es sin embargo el en que el hombre es ménos libre. Bossuet al principio de su *Tratado sobre el libre albedrio* fija el sentido de la cuestion con las siguientes palabras: „La cuestion se reduce á saber si hay cosas que estan



„de tal modo en nuestro poder y á nuestra elección, que podamos elegir las ó no elegir las.” De este modo la libertad consiste en la facultad de determinarse por su propia elección.

De esto tenemos pruebas de todas clases, pruebas directas tomadas del sentimiento de la razón y de la fe del género humano, y pruebas indirectas sacadas de los mismos absurdos del sentimiento contrario. Nuestro objeto es exponerlas, procurando al mismo tiempo rebatir las dificultades á medida que se vayan presentando. Si entre vosotros hubiese algunos que hayan entrado en este recinto prevenidos contra la libertad del alma, confío que harán un noble uso de ella rindiéndose por un convencimiento profundo á las pruebas que la establecen.

Todo en efecto me dice que nuestra alma tiene la facultad de deliberar y obrar por elección; que es señora de sus determinaciones, y en una palabra, que es libre. Consultemos desde luego el sentimiento, ese testimonio interior que nos advierte de todo cuanto pasa en nosotros. Si queremos por un momento recogernos dentro de nosotros mismos, descubriremos que nuestra alma se conoce, se ve, se siente á sí misma; que tiene un conocimiento seguro de sus pensamientos, de sus facultades y de sus

operaciones, y que un sentimiento vivo y profundo, que no puede evitar, la advierte de su estado, de lo que experimenta, y en fin de lo que es: por consiguiente á poco que cada uno de nosotros se escuche y se consulte á sí mismo, siente que es libre, así como siente que piensa y que existe. Si, cada uno de nosotros siente clara y distintamente, á lo ménos en una infinidad de circunstancias, que puede hablar ó callar, andar ó estar quieto, guardar un secreto ó revelar le, socorrer á un indigente ó desatenderle, obrar ó no obrar; y si esta libertad fuese una ilusión, ¿cómo podría yo sentirla de este modo? ¿Podemos sentir lo que no existe, la nada, tan positivamente como lo que es real y efectivo?

Si queremos conocer á fondo esta libertad, hagamos la experiencia en una de las cosas indiferentes por sí mismas, y en la que ninguna razón ó motivo nos incline mas á una que á otra parte: por ejemplo, si yo me determino á levantar el brazo y á moverle, me es indiferente llevarle á derecha ó á izquierda, y puedo ejecutar ambos movimientos con igual facilidad. Moviéndole de este modo á mi arbitrio puedo muy bien experimentar el placer de usar de mi libertad; pero este es siempre el mismo, ya lleve mi brazo á un lado, ya le dirija al opuesto;



y cuanto mas profunda y seriamente considero por que le llevo, por ejemplo, á la derecha, tanto mas palpablemente conozco que es tan solo por que mi voluntad me ha determinado á ello por su propia actividad, y por esa facultad de elegir que constituye su esencia. Soy ciertamente y de tal manera dueño de mis movimientos, que puedo anunciar los que haré, y comprometerme tambien á confirmar ó desmentir cuantas conjeturas se quieran hacer sobre ellos; y es tan positivo el poder que tengo de elegir, que si se conjeturase que en cierto momento debo levantar un brazo, no temeria comprometerme á tenerle inmovil; y acaso bastaria que se me creyese obligado á hacer un movimiento determinado para que ejecutase el contrario. Sin duda es libre el hombre en cosas mucho mas importantes que en el movimiento de sus brazos; pero yo no necesito por ahora de mas ejemplo que este para hacer ver que el hombre no es una máquina, y para echar de este modo por tierra el fatalismo.

Tal vez se nos objetará que este sentimiento íntimo de nuestra libertad puede muy bien ser una ilusion, y que acaso seamos movidos por impulsos reales, aunque insensibles, y afectados como si fuésemos libres, aun cuando no lo sea-

mos. Esto seria querer impugnar un hecho con una posibilidad, una realidad con una suposicion del todo imaginaria, y el sentimiento positivo de la libertad con una negacion arbitraria de este mismo sentimiento. Y cuando yo siento que tengo el poder de hablar ó callar; cuando tengo un sentimiento tan profundo y luminoso de mi libertad, como el de mi pensamiento y existencia, ¿se ha de querer mirar como una ilusion lo que yo siento de un modo tan claro y positivo? ¿Por qué no llamais igualmente quimérico el sentimiento de vuestra existencia? Con semejantes racionios todo se trastorna, y no queda medio alguno de distinguir el juicio de la locura, ni la mentira de la verdad. Por mas que me hablais de sentimiento interior, de conciencia, de conocimientos y de impresiones de verdad, yo os diré que todo eso puede ser ilusion. Si un dia quisiéseis referirme, por ejemplo, que estando á las orillas del Sena en las inmediaciones de esta capital os sorprendió una tempestad furiosa, os replicaria que acaso todo eso no pasó mas que en vuestro cerebro y en vuestra imaginacion, y que no seria aquella la primera vez que los fantasmas han sido tenidos por realidades. Me replicaríais que estabais en vuestro sano juicio, y con todas vuestras fa-



cultades expeditas, y que habíais visto y sentido perfectamente la lluvia que os mojaba por todas partes; mas yo os contestaria que os habíais figurado sentirla, pero que no la sentíais realmente, y que estabais afectados como si el cielo estuviese lluvioso, no obstante que estaba sereno. Con tal manía de oponerse á todos nuestros sentimientos interiores mas claros y mas vivos, nos conducirian á dudar hasta de nuestros pensamientos y existencia, porque al cabo nosotros no sabemos que pensamos y existimos, sino porque nosotros mismos sentimos nuestro pensamiento y nuestra existencia.

Yo convengo en que hay algunos actos á los cuales nos arrastra una secreta necesidad; pero tambien sentimos esta perfectamente. Así es que el hombre se ama á sí mismo con un amor que sin duda le es en extremo grato, pero necesario, porque no nos es posible dejarnos de amar. Podemos muy bien experimentar alguna vez deseo de viajar para instruirnos, así como experimentamos el de ser felices; pero con la diferencia de que ni aun se nos ocurrirá la idea de que podamos dejar de querer nuestra felicidad, cuando por el contrario sentimos claramente que podemos dejar de emprender un viaje; para este meditamos y nos consultamos

á nosotros mismos, miéntras que jamas sujetamos á deliberacion si queremos ser felices ó no; lo cual demuestra, dice Bossuet con este motivo, que si nos sentimos necesariamente impelidos por nuestra naturaleza á desear ser felices, tambien nos sentimos libres en escoger los medios para serlo.

Harémos algunas reflexiones bien sencillas, y sin embargo muy embarazosas para esos charlatanes ingeniosos que quieren combatir con sus sofismas el sentimiento de nuestra libertad. Llamais ilusion, les diremos, el sentimiento de mi libertad, y quereis combatirla con los argumentos de no sé qué metafísica; pero advertid que todas vuestras razones serán inútiles para mí, si no llevo á conocer su verdad. No puedo conocerla sino por el sentimiento de una luz interior que me anuncie su presencia; porque la verdad no lo es para mí sino por el sentimiento que tengo de ella. Y si no debo creer el sentimiento de mi conciencia que me dice que soy libre, ¿por qué razon quereis que crea el sentimiento de esa misma conciencia cuando me diga que teneis razon? Si no debo dar crédito al sentimiento de mi libertad, ¿por qué he de darle al de la verdad de vuestros raciocinios? ¿Creeis que he de sentir mas clara-



mente la fuerza de vuestras razones que mi misma libertad? Ya estais enredados en vuestros propios lazos; pero aun hay mas: me acusais de que cedo con demasiada facilidad á las apariencias, de que soy muy crédulo: quereis despreocuparme, y en consecuencia desplegais todo vuestro sistema del fatalismo; me le explicais en todas sus partes queriendo convencerme de la solidez de vuestras ideas, y de la debilidad de las mias: ¿pero no es esto mismo creerme capaz de examinar, de meditar mis ideas y las vuestras, de deliberar, de elegir; y en fin, de decidirme á favor ó en contra de vuestra doctrina? ¿Y este poder es acaso otra cosa que el uso mismo de mi libertad? Ved pues como para probarme y convencerme de que no soy libre, os veis forzados á suponer que lo soy.

Esta última consideracion nos conduce á la segunda prueba tomada de la evidencia del raciocinio.

Es incontestable que la libertad es posible: todos los hombres tienen idea de ella, y todas las lenguas tienen voces y modos de hablar muy claros y precisos para explicarla. Todos distinguen lo que nos es posible, y lo que está sujeto á nuestra eleccion de lo que no lo está; y aun los que niegan la libertad no dicen que no en-

tienden esta palabra, sino que no existe lo que se quiere significar por ella (1). ¿Pero por qué razon no ha de haber podido Dios dar al hombre la facultad de elegir entre diferentes objetos y determinarse por un impulso propio, personal é inherente á su naturaleza? Si Dios ha podido comunicarnos algo de su ser dándonos la existencia, alguna parte de su infinita inteligencia dándonos la razon, y algun tanto de su poder creador concediéndonos la facultad de crear en cierto modo tantas formas nuevas en la materia, y de inventar tantos modos de hermohear y perfeccionar la naturaleza misma; ¿por qué ha de haberle sido imposible hacernos participantes de su soberana libertad en el grado de subordinacion y de imperfeccion que conviene á la criatura? La razon misma ilustrada por la experiencia nos dice, que no hay ningun motivo determinante, ningun bien particular ni inclinacion alguna natural que nos arrastre irresistiblemente; y que así podemos elegir por la accion misma de nuestro propio albedrio.

No hay duda que el hombre obra determinado por algun motivo, y por eso es inteligente y racional; pero ¿es irresistible este motivo? He

(1) Bossuet: *Traité du libre arbitre*, chap. II.



aquí el punto decisivo de la cuestion. Si lo es, ¿por qué ántes de ceder á él, reflexionamos y deliberamos? A nadie le ocurre sujetar á una deliberacion si ha de morir algun dia, ó si al abrir los ojos ha de ver la luz: en esto nos dejamos llevar del curso inevitable de las cosas; pero cuando se presentan razones para obrar ó no obrar, conocemos que debemos pesarlas, porque queremos obrar por eleccion.

¡Qué ceguedad hacer al hombre un ser puramente pasivo bajo del imperio de la necesidad, y querer explicar sus determinaciones, sus voluntades y elecciones por medio de impresiones mecánicas! ¿Qué relacion hay entre el acto de mi voluntad cuando escoge, y el choque de un cuerpo impelido por otro? No depende de las facultades del que ha sido impelido deliberar sobre el movimiento ó empuje que recibió, modificarle ó tomar una direccion opuesta á la que le ha sido dada: el alma por el contrario se recoge en sí misma, medita sobre las impresiones que experimenta, y despliega segun la acomoda su fuerza y actividad. Pónganse los dos platos de una balanza en un perfecto equilibrio, el peso que se eche en uno de ellos le hará bajar, sin que pueda resistirse á la fuerza que le arrastra, pues no está en

su poder permanecer fijo como ántes, porque es meramente pasivo; pero no así nuestra alma que es activa, y obedece ó resiste segun su voluntad. Guardémonos de formar falsas ideas de los motivos que obran en nuestra alma, y no nos figuremos, engañados por nuestra imaginacion, que un *motivo* es como un cuerpo que carga con todo su peso sobre otro cuerpo. Un motivo es una idea, un sentimiento, una consideracion que se excita en el alma: es cierta cosa espiritual. Una razon para obrar no es la accion misma, y hay mucha distancia entre las luces del entendimiento y las decisiones de la voluntad. ¿Y cuántas veces por una contradiccion que patentiza nuestra libertad, seguimos en la práctica lo que desaprobamos en teoría?

Ahora conoceréis cuán fútil es la objecion de que proviniendo nuestras ideas de los sentidos, y nuestras determinaciones de nuestras ideas, todo viene á depender de la organizacion física. Yo responderé que no sucede lo mismo con respecto al alma, que es una sustancia activa y que delibera, que con respecto á un instrumento al tocar sus cuerdas; que despues que la accion de los nervios, músculos y fibras ha excitado en el alma las sensaciones y por



medio de ellas las ideas, tiene esta la facultad de compararlas, combinarlas y valuarlas; y que si bien por una parte es pasiva como un instrumento músico, si se quiere, es tambien activa por otra por su misma naturaleza. Lo que en este punto nos alucina es, que en muchas cosas se encuentra la necesidad al lado de la libertad; de lo que resulta que lá confundimos por falta de reflexion: me explicaré. Los colores que veo, los sonidos que oigo, los olores que percibo, y las impresiones exteriores que reciben los órganos, excitan en mi alma ciertas sensaciones que no puedo evitar: en esto me siento forzado. Tampoco soy libre en no sentirme acosado de la hambre ó de la sed, penetrado de alegría ó de dolor, y agitado de deseos; ni en dejar de experimentar ciertos movimientos indeliberados y pasajeros; pero pasa el momento de la necesidad, y empieza luego la libertad: la voluntad ejerce su imperio sobre estas mismas impresiones: es su soberana y no su esclava, así como los órganos son sus ministros y no sus señores; pues aunque puedan ser rebeldes, jamas su rebelion destruye la autoridad de aquella, sino que al contrario la supone. Sabemos distinguir debidamente las impresiones necesarias de todo aquello

en que somos libres, y tambien ciertos actos indeliberados, de aquellos que estan á nuestra propia eleccion. Así, el guerrero mas intrépido puede temblar involuntariamente al principio de una batalla; pero penetrado de lo que le mandan el honor y el deber, marcha hácia el enemigo con un valor premeditado. Así tambien á la mitad de un concierto agradable formais la intencion de oírle hasta el fin; pero si os acordais de alguna obligacion que teneis que cumplir, reflexionais, y al momento os decidis por eleccion á sacrificar el placer al deber. ¿X quién no sabe discernir estas diversas afecciones, y distinguir en qué es libre, y en qué no lo es?

Todos indudablemente amamos el bien en general, y todos le deseamos y buscamos como término único de nuestras esperanzas, y objeto de nuestra felicidad. Es indudable tambien que si Dios, este bien supremo, se nos apareciese, nos arrastraria irresistiblemente hácia sí, é iriamos á perdersnos en un oceano de grandeza y de gloria. Entónces y con la vista de Dios, que es la verdad misma, quedaria plenamente satisfecho el deseo de conocer; y el deseo de amar se saciaria con la posesion de este Dios, que es la beldad suprema. Colocados



entonces en un estado fijo de conocimiento pleno y de felicidad perfecta, dejaríamos ya de ser libres. No sucede lo mismo sobre la tierra, en la que solo vemos por entre nubes. Aunque la razon nos descubra que la virtud es el único bien verdadero, no por eso siempre experimentamos placer en seguirla; pues muchas veces exige sacrificios penosos á la naturaleza; aunque los deleites sean falsos ó engañosos, tienen sin embargo atractivos y encantos que nos cautivan; y aunque en muchas cosas se nos muestre la verdad de un modo muy luminoso, no por eso deja de estar frecuentemente envuelta entre sombras. De este modo queda siempre algo que desear á nuestra inteligencia y voluntad sin que bien alguno particular nos arrastre necesariamente; razon por la cual jamas dejamos de consultar, de deliberar y escoger, que es lo que constituye la esencia de la libertad.

Es indudable que el temperamento, las inclinaciones naturales y la costumbre ejercen cierto imperio sobre nosotros; pero guardémosnos de creerle absoluto, y sepamos hasta donde se extiende su influencia. Yo convendré en que por su organizacion sean unos mas inclinados que otros al deleite, á la pereza ó á la cólera; en que nazcamos con cierta disposicion

y cualidades particulares que hacen como el fondo de nuestra alma y de nuestro carácter personal; y en que los hábitos envejecidos dejan en nosotros impresiones muy difíciles de borrar; lo cual ha dado lugar al proverbio comun de que *la costumbre es segunda naturaleza*: convendré tambien en que se vean ingenios, muy sensatos por una parte, pero atormentados por otra de ideas extravagantes que no puedan dominar, como se refiere de Mallebranche y de Pascal; y en que haya igualmente hombres tocados de la manía de creerse animales en ciertos intervalos, y arrastrados maquinamente á remedar el grito de aquellos, ó á participar de sus alimentos; pero no intento hallar la libertad del hombre en los maniáticos ni en los insensatos: aquí solo hablamos del hombre racional que disfruta de todas sus facultades. Desechemos bajo de este supuesto la idea de que el temperamento, la inclinacion y la costumbre son irresistibles; podrán debilitar la libertad, pero no destruirla. Pronto os manifestaré las terribles consecuencias del fatalismo. Reconozcamos por ahora que la educacion, el buen ejemplo, la razon, y sobre todo la religion, pueden hacer al hombre superior á la violencia de las inclinaciones y de la costum-



bre. No es esta la ocasion de decir todos los prodigios que puede obrar en este caso la religion con sus promesas y sus amenazas, y con todos los auxilios divinos que dispensa: me contento con recordaros la multitud de ejemplos que, tanto entre los antiguos como entre los modernos, atestiguan altamente el imperio que sobre sí misma conserva el alma en medio de las impresiones que la pueden inducir al mal. No es el hombre como un árbol que si se inclina á un lado no vuelve á enderezarse por sí mismo; no como una piedra caida de lo alto de los aires que tampoco puede remontarse á la atmósfera, ni como un rio que nunca vuelve á su nacimiento; todo esto está sujeto á las leyes mecánicas. Si el hombre no es independiente de las causas físicas, tampoco es arrastrado por ellas; está animado de un principio de actividad, de una fuerza de razon y de voluntad superiores á todo atractivo y á todos los obstáculos. ¡Cuántas veces hemos visto á los voluptuosos, á pesar de la impresion de los mas envejecidos hábitos, salir por fin de su mollicie y hacerse laboriosos y templados! ¡Cuánto no hace brillar este prodigioso cambio de conducta la libertad del hombre y el imperio de su alma sobre sus órganos! Nace Agus-

tin con un entendimiento vivo y un corazon naturalmente tierno; entrégase por largo tiempo á monstruosos errores, y se encenega en los placeres sensuales; pero por último, pensamientos mas graves principian á hacerle avergonzarse de sus desórdenes; combate, triunfa del hábito del orgullo y de la sensualidad, vuelve á la virtud, y por ella á la libertad verdadera. ¿Queis todavía otro ejemplo memorable de lo que pueden la religion y la reflexion sobre la naturaleza mas rebelde? Acordaos del inmortal discípulo del inmortal Fenelon; colérico, impetuoso, desenfrenado en todos sus deseos; lleno de caprichos y de arrebatos extravagantes, hubiera podido ser el duque de Borgoña entregado á sí mismo ó dirigido por manos inexpertas, un monstruo de vicios y de crueldad: pero dulces insinuaciones, ejemplos aun mas persuasivos que las lecciones, y sobre todo el imperio que la religion ejerce insensiblemente en su corazon, templan y suavizan aquel carácter casi feroz, y desenvuelven en el jóven príncipe cualidades que pronosticaban á la Francia dilatados dias de prosperidad y de gloria. Así pues, señores, nos dice la razon que no hay motivo, bien particular ni inclinacion natural que tenga una fuerza irresistible, por lo cual el hombre es li-



bre ántes de obrar, respecto á que puede efigir, y libre en sus acciones, pues dependen de su eleccion.

Consultemos por último la fé del género humano. Si se tratase de los secretos de la naturaleza, de las ciencias llamadas exactas, del conocimiento físico del globo y del mundo planetario; en una palabra, de todo lo que supone grande capacidad ó sabias investigaciones, no deberíamos ciertamente tomar la opinion general de los pueblos por árbitro y regla de la nuestra; pero en las cosas que todos sienten, que estan unidas á la conducta regular de la vida, y son la regla universal de las acciones y de los juicios de todos los hombres, no puede ménos de llamar nuestra atencion el convencimiento universal, constante é imperturbable de las naciones y de los siglos. ¿Y cómo seria posible dejar de ver en él uno de los sentimientos que inspira la naturaleza, y que estan arraigados en el fondo mismo del ser racional? Si en algunas cosas los mismos sabios son pueblo á causa de sus preocupaciones, tambien el pueblo es verdadero filósofo sobre varios objetos. Entre los ingenios mas sublimes y nosotros hay muchas cosas comunes; y es necesario tambien que entre sus ideas y las nuestras haya un punto de co-

municacion sin el cual no podríamos entendernos. Este punto de comunicacion es el sentido comun; y en lo que pertenece al sentimiento y á este sentido, confieso que respeto mucho la autoridad del género humano. ¿Y cuál ha sido su creencia sobre el libre albedrio? No es difícil saberlo. Si los hombres son libres, es natural que deliberen ántes de obrar; que dirijan sus pensamientos á lo futuro; que su prevision les reserve recursos, y se decidan siempre por el partido que crean mas prudente. Esto es precisamente lo que han hecho en todos tiempos; de tal modo que los que han obrado sin reflexion han sido mirados como almas superficiales, ó se los ha tenido por temerarios ó locos. Si somos libres, es natural aconsejar á los hombres que huyan del vicio, que practiquen la virtud, que sacrifiquen las pasiones á la obligacion, y merezcan por una conducta sin tacha la consideracion pública. Todo esto en la doctrina de la libertad está á nuestro alcance; y así vemos á los sabios, á los hombres virtuosos, á los legisladores de todos tiempos, y á cuantos han sido amigos de la humanidad, consagrar sus trabajos y desvelos á hacer á los hombres mejores y mas felices. Por último, si somos libres, es natural que la sociedad nos imponga leyes; que